

## LA EDUCACION DE MAESTROS EN UN MUNDO EN CRISIS

¿CUÁL es la naturaleza de la crisis?

Una crisis presupone una condición inestable, una mutación, un cambio, un momento decisivo en una situación que puede acarrear consecuencias importantes porque puede llevar a lo mejor o a lo peor. Por consiguiente, me parece que con decir que “estamos en un mundo en crisis”, no es suficiente. Sería preferible determinar la naturaleza de la crisis a fin de establecer la adecuada relación con el proceso de educar maestros. Sin embargo, es posible también pensar no en una crisis de tipo especial, sino, en una global que las incluyese todas o varias, determinada por condiciones mutables, existentes en la vida política, social, cultural, espiritual o moral, económica, etc., que determina una grave situación general y, por consiguiente, demanda atención inmediata y tratamiento adecuado por parte de la escuela, que es el instrumento creado por la sociedad para garantizar su supervivencia, su bienestar, su progreso y su felicidad.

Creo que en la historia de la humanidad nunca ha habido una época en que las condiciones imperantes no justifiquen su clasificación de época de crisis. A lo largo de la historia siempre ha existido la inconformidad, pero nunca como hoy. En ese no estar conforme con lo que somos o con lo que tenemos radica el deseo de superación. Ese es el espíritu que produce la inquietud, que crea la actitud favorable al cambio, que genera esfuerzo, que requiere vigor, que engendra progreso. En otras palabras, las crisis generalmente originan cambio y el cambio puede ser saludable, fructífero, si nos trae algo mejor, si nos estimula a la superación. Pero también la apatía y el descuido puede llevarnos a lo peor, a la degradación, al fracaso.

Si ha existido alguna época en que las instituciones de segunda enseñanza —colegios y universidades— se hayan sentido complacidos y satisfechos de sus programas para la formación de maestros, esa época no es la nuestra. De todos los sectores surgen críticas acerbas que ofenden seriamente la dignidad del maestro, al menospreciar su capacidad y preparación para realizar la obra que la sociedad le encomienda. Los ataques van dirigidos a las instituciones encargadas de educar maestros. No hay recinto universitario en donde no exista una seria discrepancia entre las facultades de artes liberales y las de pedagogía con respecto a la naturaleza y contenido de los programas que ofrecen las segundas para la educación de maestros. Es la vieja controversia entre el *qué enseñar* y el *cómo enseñar* que tanto ha preocupado a unos y a otros en la educación de maestros. Los llamados Colegio de Maestros y Escuelas Normales son aún víctimas de más severas críticas y de más virulentos ataques.

Se dice y se repite con bastante frecuencia que las materias que aparecen en los programas profesionales carecen de enjundia, de contenido, que son superficiales; que se repite con frecuencia en unas y otras el mismo contenido; que no son bien enseñadas; que los profesores en los colegios de pedagogía no calan hondo en el campo de la cultura. Los administradores escolares y los superintendentes, a veces se quejan también de la poca preparación que llevan los egresados de instituciones de

maestros, y los mismos estudiantes, sobre todo, los estudiantes sobresalientes y capaces, critican los cursos que se les ofrecen por no ser lo suficientemente retadores a su capacidad adquisitiva y no darles lo que ellos esperan o podrían obtener de las materias que cursan. Esta situación la encontramos en los Estados Unidos de Norteamérica, en Puerto Rico, en los países de la América Latina, en Asia, en Europa, en fin, en todas partes. Es una crítica general a la escuela y, por ende, a las instituciones que preparan maestros.

¿Qué actitud debe asumir la profesión ante esas críticas? Sin duda que no ha de ser la del avestruz en las tormentas de arena. Lo correcto e inteligente es que se analice y estudie la crítica y se consideren, uno a uno, los aspectos fundamentales de la misma.

Al entrar de lleno en esta situación, encontramos que muchos de los ataques son exagerados o carecen de fundamento. Sin embargo, hay otros muy justificados. Hay cursos superficiales y de poco provecho en los colegios de educación; los hay también en los colegios de artes liberales. Hay profesores muy buenos en los colegios de educación y en los colegios de artes liberales. También los hay muy malos en ambas facultades.

Sin embargo, las condiciones prevaecientes indican que, por lo menos, en lo que concierne a la educación de maestros, hay amplio margen para mejoramiento. La situación imperante hoy en el mundo así lo exige. El hombre del presente necesita una cultura más honda y más amplia que el de ayer. Para lograr un concepto claro de los acontecimientos contemporáneos es necesario que adentremos con paso cauteloso en las amplias avenidas de las ciencias físicas y matemáticas, en las ciencias biológicas, en las humanidades, en las ciencias políticas, en la economía, en la historia, en la antropología; es decir, que ahondemos más en las artes liberales, y consolidemos, vertical y horizontalmente la cultura general y la especializada. Esa es función de la escuela en todos sus niveles — preparar al hombre íntegramente.

Para que la escuela pueda lograr esto precisa un maestro, primero, con conocimientos adecuados en esos campos del saber; y, segundo, que sepa enseñar lo que el alumno necesita aprender y espera que le enseñen en el nivel de sus demandas intelectuales. En este punto entran en juego no sólo las aptitudes intelectuales del alumno, sino también sus motivaciones y demás factores ambientales. El dilema es desarrollar a plenitud las potencialidades del alumnado o dejar que permanezcan improductivas. La decisión no es difícil.

La asociación americana de colegios para la educación de maestros (AACTE) ha asumido ya la posición que le corresponde y cada día toma mayor interés en este asunto. Si fuésemos a señalar su actitud con respecto a la educación de maestros, por la naturaleza y contenido de los trabajos que fueron leídos en la última convención anual de dicha Asociación, celebrada en Chicago en los días 14, 15, y 16 de febrero de 1957, y a la que tuve el privilegio de asistir en representación de la Universidad de Puerto Rico, podríamos afirmar que la AACTE está consciente de la necesidad de realizar un cambio en la política, en los programas y en la calidad de la enseñanza en los colegios que forman maestros. Mencionemos al azar algunos de los temas que allí se presentaron y fueron objeto de discusión:

*Moving forward in Teaching Education. The Mission of Colleges for Teacher Education in Maintaining Academic Standards. The Mission of Colleges for Teacher Education in Ensuring Quality in Classroom Instruction.* Toda una tarde fue dedicada a discutir, en reuniones de grupos, el tema *Our Problems*, y en algunos de estos grupos fue motivo de larga discusión el problema de cómo conseguir que el profesorado de las facultades de pedagogía se convenciese de la necesidad de romper los patrones tradicionales en los programas para la educación de maestros mediante el tanteo y la experimentación, a fin de buscar nuevas maneras de hacerlo en forma más eficaz.

La tónica predominante fue la inconformidad con lo existente; la intención, buscar nuevas maneras que superen las que

hoy tenemos. Existe, pues, una situación de crisis. Estamos en un momento propicio para el cambio, aun cuando tengamos que empezar por la eliminación de todos esos factores que todavía impiden el que estudiantes de escuelas secundarias, que forman filas en los niveles más altos de la curva de distribución por su capacidad y aprovechamiento y con vocación para ello, seleccionen el magisterio.

En la revista *Colliers*, correspondiente al mes de noviembre de 1956, aparece un artículo con el consiguiente título: "How does your income compare with others?" El autor ilustra el artículo con unos dibujos ofreciendo empleos. Al calce de los dibujos se escribe lo siguiente: en uno, *Workers wanted, \$7,500.00* y a su lado, en el otro, *Teachers wanted, \$4,500.00*. El sueldo promedio que percibe el maestro no es lo suficientemente atractivo para interesar a los mejor dotados para la profesión.

Este dato posiblemente justifica la diferencia que existe, en términos generales, entre la capacidad mental del alumnado de los colegios de maestros y la de estudiantes que siguen otras especialidades.

En la investigación Carnegie que se realiza en Berkeley, California, acerca de la educación en el nivel colegial y universitario se trata de determinar el número de estudiantes que hay en cada institución, el tipo de la institución y la capacidad mental de sus estudiantes. Pruebas de inteligencia se realizaron en 200 instituciones, representativas de 1,800 o más en los Estados Unidos, seleccionadas de acuerdo con su ubicación geográfica, su gobierno y administración y la clase de grados que otorga. La investigación no se ha terminado aún, pero ya se han informado datos que revelan diferencias en la capacidad de los estudiantes matriculados en diversas especialidades.

La revista *School and Society*, del 16 de febrero de 1946, trae un artículo de A. E. Traxler que informa el promedio de notas obtenidas en el *American Council Psychological Examination* por alumnos de primer año. Las notas fueron consistente-

mente más bajas en los colegios de maestros que en los demás colegios de cuatro años, durante el período de 1935 a 1944.

El *Cooperative Test Division* del *Educational Testing Service* publica las distribuciones de notas obtenidas por 26,603 estudiantes de primer año en 186 colegios durante el 1954. La nota promedial—*mean score*—de los colegios intermedios (*Junior Colleges*) fue 85.19; la de los colegios de maestros, 90.91; y la de los demás colegios de cuatro años, 94.9. Aun cuando la diferencia entre los estudiantes de los colegios de maestros y la de los demás colegios no es muy significativa, sin embargo, revela una situación idéntica a la encontrada por Traxler en 1946.

La situación que prevalece en Puerto Rico no es diferente a la de los Estados Unidos. Podemos, pues, afirmar que, en términos generales, los estudiantes de talento superior no abundan en los colegios que preparan maestros. Esta grave conclusión nos hace pensar que el principal problema de las instituciones que preparan maestros es cómo aumentar las normas de selección. Pero, por otro lado, nos topamos con estas realidades: una demanda excesiva de maestros para atender a una matrícula escolar que crece de año en año; sueldos inadecuados e inferiores a los que se pagan a obreros diestros en las empresas privadas y del propio gobierno; y demasiado bajos si se comparan con los que reciben otros profesionales.

De todas maneras, nos enfrentamos con una situación que exige acción enérgica y rápida. Tenemos que elevar las normas académicas y profesionales en la educación de maestros. Va sin decirse, que una manera de lograrlo es mediante mejor selección del estudiantado; lo cual implica una mejor retribución en sueldos y otros beneficios. La otra manera es la extensión y fortalecimiento del programa educativo. Esta segunda medida está ya en camino de realizarse.

Los líderes educativos que orientan y dirigen la educación de maestros están de acuerdo en cuanto a la organización de las

materias del programa en tres grandes núcleos: educación general; educación especial y educación profesional.

La educación general o liberal va encaminada a ofrecer base cultural de tipo comprensivo y abarcador que incluya conocimientos en las ciencias biológicas, en las ciencias físicas, en las humanidades y en las ciencias sociales. De esta manera el futuro maestro adquiere conocimiento general del mundo orgánico en que vive; comprende el origen, evolución, métodos y principios de la ciencia física; adquiere una visión de conjunto del proceso evolutivo de la cultura occidental y ejercita su sensibilidad y su pensamiento en la valorización y la crítica histórica; conoce las instituciones, procesos y problemas de la sociedad occidental moderna y además fortalece y consolida su dominio de la lengua con miras a una mejor expresión oral y escrita. En otras palabras, la educación general "ofrece una perspectiva integradora del conocimiento como paso previo a los estudios más especializados futuros".

La educación especial aspira a preparar bien al futuro maestro en aquellas materias que luego ha de enseñar a sus discípulos. Dichas materias se organizan por especialidades. Para que el maestro logre el respeto de sus discípulos y pueda realizar fructuosamente su función docente, es necesario que conozca con hondura y amplitud las áreas del conocimiento de donde ha de extraer sus lecciones cotidianas.

Y para que la enseñanza sea efectiva debe el maestro saber transmitir a otros lo que él sabe. Hemos llegado al punto en que los profesores de las facultades de pedagogía, por regla general, superan a los de colegios de artes liberales. Es la oportunidad del desquite de los pedagogos. No basta saber mucho para ser buen maestro; precisa también que se sepa transmitir lo que se sabe. Para lograrlo es necesario conocer al educando, sus intereses, su capacidad, sus experiencias o vivencias y adaptar la enseñanza a esos intereses, a esa capacidad, a esas experiencias. Es necesario también, conocer la sociedad en que vive el educando, sus valores, costumbres, usos, etc. Así se anticipan

reacciones y se puede proyectar la enseñanza a posibles cambios, tanto del individuo como del grupo social en que convive.

Se enseña mejor cuando se sabe lo que ocurre en la mente del que aprende mientras el maestro enseña. Es decir, el maestro debe conocer la psicología del aprendizaje, cómo se aprende y cómo se interesa al alumno en lo que el maestro desea enseñarle. De ahí la necesidad de las materias de tipo profesional.

El programa para la educación de maestros, requiere un adecuado equilibrio entre estos tres grupos de materias. Esto no significa que las tres sean iguales en número de créditos. El aspecto profesional no debe ser mayor de un 20 o un 25 por ciento de la totalidad de créditos. El resto debe constituirlo cursos de educación general y cursos de la especialidad. En otras palabras, independiente o fuera de la secuencia profesional la formación cultural del maestro debe ser tan sólida, amplia y profunda como la de cualquier egresado de un buen colegio de artes liberales.

Vamos a terminar con un breve resumen en que se indiquen los aspectos sobresalientes de todo lo dicho:

1. Existe un estado de desasosiego y descontento respecto a los programas que ofrecen los colegios de maestros y los colegios de educación en las grandes universidades que mejoran maestros. Las críticas que se escuchan indican que hay superficialidad en los cursos; maestros de escasa preparación, y, ausencia de rigor académico en la enseñanza de las materias. Estas críticas se hacen tanto en los Estados Unidos de Norteamérica, como en Europa, en los países de la América Latina, en Asia, y, claro está, también en Puerto Rico. Generalmente la crítica viene del sector de las artes liberales o de personas de formación humanista.

2. Muchos de los ataques son injustificados; otros exagerados, pero hay otros totalmente ciertos.

3. Los grupos profesionales que orientan y dirigen la educación de maestros trabajan con interés por mejorar la calidad

de los programas. Su actitud es receptiva. No rehuyen su responsabilidad en los errores y muestran afán por corregirlos.

4. Se acepta generalmente que el maestro promedio necesita calar más hondo en el campo de la cultura. La orientación actual recomienda más amplia y profunda atención a las ciencias naturales y a las matemáticas; a las humanidades, a los estudios sociales y, especialmente, a la antropología, a la sociología, a la psicología, a la historia, a la filosofía y a las ciencias políticas.

5. Se acepta que la calidad del estudiante promedio de los colegios de pedagogía es inferior a la del estudiante de artes liberales o de otros colegios, pero se considera que un factor importantísimo en el reclutamiento de estudiantes más aptos para la profesión del magisterio es una mejor retribución que compare favorablemente con la de otros profesionales.

6. La asociación americana de colegios para la educación de maestros asume actualmente el liderazgo en lo que respecta a un mejor maestro para la escuela actual. En este empeño la Asociación trabaja armónicamente con los colegios de artes liberales y utiliza el asesoramiento de los mejores líderes educativos en las diversas áreas del conocimiento.

7. Los medios más eficaces para elevar la calidad en la educación de maestros son:

a) Acreditación de los programas que ofrecen los colegios tanto de artes liberales como de maestros, para la formación de futuros maestros.

b). Organización de institutos, conferencias y seminarios e intercambio de visitas entre colegios para compartir experiencias, señalar fallas y aconsejar mejoras en los programas.

8. Se acepta que el maestro debe ser persona de amplia cultura general, de sólida preparación en el campo de su especialidad y buena preparación profesional para realizar su encomienda en forma eficaz y provechosa.

La formación profesional del maestro no debe impedir

que su formación cultural general y especial sean tan sólidas y tan amplias como las de cualquier egresado del mejor colegio de artes liberales. Cuando abunde este tipo de maestro en todos los niveles de la escuela pública, posiblemente no tendremos motivos para lamentarnos de crisis en la cultura.